



El cambio real y moral de los Estados Unidos tras las elecciones no cabe esperarlo de Ford ni de Carter. Será un interesante cambio técnico.

Entre Ford y Carter

FORD o Carter? Las elecciones están ya muy próximas —“el primer martes después del primer lunes del mes de noviembre”, según el acta de 1845— y no hay una impresión clara de quién las va a ganar. La mayoría de los pronósticos de los comentaristas políticos del mundo se inclinan por Carter, aun a pesar de la ruptura de tradición que supondría que un Presidente en ejercicio sea derrotado por un aspirante. El último gran acto de la campaña ha sido el enfrentamiento en la televisión de Carter y Ford, en Filadelfia, ante lo que se calcula en 70 millones de espectadores en todo el país: las encuestas rápidas —no científicas— tras esa emisión señalan una preferencia por Carter del 40 por 100 de los espectadores, un 30 por 100 preferirían a Ford y otro 30 por 100 se mostró indeciso.

Ford, en esta emisión, como generalmente en toda su campaña, se mostró torpe. No es un personaje que tenga atractivo, como lo tiene Carter, y si sus discursos preparados tienen algunas veces calidad —la calidad de su estado mayor, que se los escribe y prepara, como a Carter, naturalmente, se los prepara el suyo—, sus improvisaciones

o sus réplicas son terriblemente impolíticas. Cuando Ford se refirió a que un triunfo de la izquierda (entendiendo por izquierda a Carter y el partido demócrata) llevaría al país a una catástrofe similar a la que los laboristas han producido en Inglaterra, causó consternación e indignación entre los ingleses, y especialmente a su Gobierno laborista. Pero los ingleses no votan en

sí votan y que tienen una influencia considerable en el país. Más la de toda una derecha anticomunista. Ya los mismos periodistas que intervinieron en el debate se rebelaron con alguna violencia: fue la primera reacción de una cadena que después sacaría a la calle manifestaciones de centroeuropeos protestando contra Ford.

Pero el enigma que se presenta

Eduardo Haro Tecglen

las elecciones americanas —y en buena ley deberían hacerlo, puesto que tan estrechamente dependen, como todos los países del área del Imperio, de la política de Washington— y Europa está ya acostumbrada al desdén y a la falta de diplomacia de Ford. Sin embargo, cuando aseguró que los países europeos del Este, y especialmente Yugoslavia, Rumania y Polonia son absolutamente independientes de la URSS, y no sólo no están dominados por ella, sino que su Administración no lo toleraría nunca, causó la consternación de las minorías étnicas de origen centroeuropeo en los Estados Unidos. Que

a los electores americanos es más profundo que el de este debate y el de los que han de seguir en lo que queda de campaña (Ford y Carter se encontrarán de nuevo el día 22 en Virginia), sino en la disyuntiva de votar precisamente a Ford o a Carter. Continuamente en las elecciones de todos estos últimos años, sobre todo en las de la posguerra, la selección de nombres hechos a través de la maquinaria de los dos partidos es igualmente vacía. Para un par de hombres con gran calidad política, que fueron Presidentes en esta época (Roosevelt, Kennedy), un montón de ineptos han llenado la historia de los

Estados Unidos, como Presidentes o como candidatos: Johnson, Truman, Goldwater, Eisenhower... No hay opciones. No hay hombres brillantes y capaces —en un país que los tiene a montones, aunque no fuese más que por el número de habitantes, pero los tiene, además, por el sistema educativo, por la tradición democrática— que traspasen a los puestos superiores de la política. El muro de los partidos dominantes es insalvable.

Hasta el punto de que puede pensarse que en los Estados Unidos hay, en realidad, un partido único desdoblado en dos, como pasa o ha pasado en muchos países latinoamericanos. Partido en dos para mejor conveniencia de la imagen democrática. La zona de acuerdo en estos dos partidos sería por lo menos de un 80 por 100 —la salvaguarda del Imperio, el mantenimiento del capitalismo, la protección al gran dinero y al gran negocio— y sus diferenciaciones —sobre modos o maneras de llegar a ello, y sobre estilos de política— sería de un 20 por 100. A pesar de que grandes mentalidades liberales, conciencias muy profundas de pensamiento democrático, estuvieran y estén en el partido demócrata, y

Entre Ford y Carter

conservadores de gran valía intelectual en el republicano.

La forma en que durante todos estos últimos años se ha llevado la política nacional con un Congreso de mayoría demócrata y una Presidencia y Gobierno directamente republicanos nos ha ilustrado sobre escaramuzas en el poder, luchas con carácter de internas dentro de la clase política (como las que han tenido por personajes a Agnew y a Nixon) y conquista de puestos: pero en realidad no ha perturbado la gran política general del país. Los Estados Unidos son lo suficientemente autocríticos para consigo mismos —y ésta es una de sus grandezas— como para mostrarnos continuamente en su cine, en su literatura y en su televisión hasta dónde llegan las pequeñas ambiciones personales de la clase política, hasta dónde penetra la corrupción y cómo los grandes intereses colectivos suelen estar desdeñados. Demócratas y republicanos en ejercicio —aparte, repetimos, de sus grandes conciencias, de sus intelectuales— estarían al servicio de lo que en la palabra acuñada por la oposición española se llaman "poderes fácticos" y regañarían entre sí por pequeños poderes personales. La caída de Agnew y de Nixon fue un bello espectáculo del predominio de una democracia que por dos de sus poderes de hecho, la prensa y la justicia independientes, y por su base principal, la opinión pública, acabó con anomalías y corrupciones. Se esperaba que aquellos actos tuvieran un alcance de revolución. Pero no fue así. La maquinaria instaló en el poder a un nixoniano perfecto, como Ford, y todo quedó igual. Antes se había visto ya cómo la maquinaria destruía hasta la muerte a un audaz Presidente, que quiso revolucionar los métodos o los estilos, como fue Kennedy —sin olvidar que en el fondo siempre trataba de mantener el capital y el gran negocio, al que pertenecía y desde el que fue destacado para la Presidencia, y el imperio de los Estados Unidos— para que quedase en su puesto un hombre tan fácil de manejar como se vio después: Johnson.

El sistema anglosajón de los dos partidos —que poco a poco se está imponiendo también en la República Federal de Alemania, y que está iniciándose en otros países europeos por la vía de grandes formaciones de izquierda y de derecha— tienen este riesgo de que termina pareciéndose al régimen de partido único. Y que, en general, aplasta el surgimiento de nuevas ideologías, de nuevos sistemas de pensamiento. Las grandes coaliciones, de las

que a la larga deben salir los grandes partidos dominantes, tienen como problema que la necesidad de optar soluciones de compromiso que satisfagan —o al menos no disgusten— a cada una de las partes de la coalición evitan el planteamiento de soluciones audaces o de programas concretos. De alguna forma se ha visto durante años en la coalición de centro-izquierda en Italia, que ha terminado en una esclerosis total, y de alguna manera se está viendo también en la oposición democrática en España, de tan delicada gestión que va agotando sus plazos sin tomar iniciativas importantes.

La contrapartida es el "desmigajamiento", como se dice en el argot político, y la presentación a la opinión pública de más opciones de las que ésta puede asimilar, y una debilidad electoral ante los grandes grupos de intereses. Pero no debemos olvidar que los grandes partidos nacieron de grupos o grupúsculos, que eran minorías desdeñables y limitadas cuando empezaron su vida política. Yugular a un grupo menor en aras de la unidad es cortar la posibilidad de un futuro nuevo, de un pensamiento práctico que pueda abrirse paso a partir de ese grupo.

Desde un punto de vista técnico, la victoria de Carter en los Estados Unidos produciría por fin una unificación entre los puntos de vista del Congreso —el Senado y la Cámara de Representantes— y los gobernadores de los Estados Unidos, o sea, de la mayoría demócrata de la nación, que va a aumentar probablemente en estas elecciones, y la Presidencia y el Gobierno. Todo ello haría menos penosa y menos compleja la labor de gobernar al país, y desgraciadamente al mundo. Este es uno de los motivos que juega también en favor de Carter.

Y quizá el de su incógnita. Carter no se ha esclarecido demasiado en esta larga campaña. Normalmente, el desconocido repele, en política, sobre todo en una nación tan conservadora como los Estados Unidos. Para que atraiga es preciso que lo conocido sea tan poco estimado como Ford, y como la rara casualidad que le llevó al poder sin pasar por las elecciones, por las destituciones de Agnew y Nixon. Negarle es negar también que el pueblo haya aceptado nunca a este hombre, al que la política había confinado a un puesto inocuo, pero que era un trampolín en un momento imprevisible: el fallo del Presidente y del vicepresidente al mismo tiempo.

En cuanto al cambio real y moral de los Estados Unidos tras las elecciones, a partir del 1 de enero próximo, no cabe esperar de Ford ni de Carter. Será un interesante cambio técnico. ■ E. H. T.



Los estudiantes izquierdistas, que se temían un golpe de Estado, trataron de evitarlo. La represión de las derechas y el Ejército golpista fue brutal.

Thailandia

Violencia y orden

THAILANDIA ha tenido ocasión de vivir tres años bajo una relativa democracia. Agitada por un entorno en plena guerra, civil e internacional al mismo tiempo, el entorno del Sudeste asiático, y sometida a fuertes presiones por parte de los Estados Unidos, de China y de la URSS (sobre todo, por razones de guerra, de los Estados Unidos), Tailandia lleva años de inestabilidad. La democracia actual habla partido de un movimiento juvenil del que ahora, en noviembre, se cumplirían los tres años: había sido en principio apoyado por Estados Unidos y los grandes intereses del país no estaban en desacuerdo, en principio, porque creían que esta democracia serviría para un desarrollo importante del capitalismo y de la gran industria, con la ayuda de Estados Unidos y Japón. La democracia que se instaló fue, por lo tanto, de corte conservador, pero mucho más libre y mucho más cómoda que la dictadura militar anterior, la del mariscal Kittikachorn.

Pero bajo esta democracia se movían intereses de clase oprimida que no se encontraba satisfecha con el predominio del capital. Y la influencia de los tres países de régimen comunista de la península indochina: Vietnam, Laos, Camboya. Comenzó a haber una agitación importante en el campo —la pobreza del habitante del campo asiático no tiene límites— y sostenida por los estudiantes en las ciudades. Junto a esta resistencia izquierdista, en la que se veía ya en Estados Unidos una muestra del "peligro comunista" se organizaban bandas de extrema derecha, nacidas de una cantera importante: la de la guerra de la península indochi-

na. Tailandia había participado con contingentes al lado de Estados Unidos, y estos ex combatientes, muchos de ellos ahora con puestos en el Ejército, no estaban conformes con la democracia y mucho menos con los movimientos sociales que estaban dispuestos a considerar como puro y simple comunismo.

Los enfrentamientos en la calle entre los dos bandos de izquierda y derecha habían provocado una situación de alta violencia. En los últimos días se habían producido auténticas batallas de enorme crueldad por parte de ambos bandos en la Universidad de Bangkok. Los estudiantes de izquierda trataban de impedir un golpe de estado de la derecha, que según ellos estaba preparado. Incluso el regreso al país del mariscal Kittikachorn, dictador de la época anterior, les parecía que era ya el principio del golpe. Las manifestaciones de los estudiantes de izquierda, según la agencia EFE, fueron ya reprimidas por la Policía con armas automáticas y granadas: perecieron muchos manifestantes, otros se ahogaron en el río al intentar huir; después entraron en acción los grupos de la derecha, cifrados en unos diez mil que lincharon y quemaron los cuerpos de los izquierdistas muertos. Inmediatamente se produjo el golpe de Estado para restablecer el orden: el poder lo ha tomado el almirante Chaloryoo, que ha asegurado que el Ejército mantendrá la democracia; inmediatamente suspendió la Constitución, abolió los partidos políticos y formó un Gobierno compuesto exclusivamente por militares. ■